

Europa y África del Norte: un nuevo proyecto generacional

CLAUS LEGGEWIE

La «primavera árabe» y la crisis de la Unión Europea suelen ser observadas y analizadas como dos fenómenos separados. El siguiente artículo, sin embargo, intenta pensar ambos procesos de manera conjunta, con el objetivo de evaluar los beneficios de una potencial unión mediterránea. Temas como la democracia, la energía y la integración podrían ser abordados con enfoques renovados, al tiempo que sería posible revitalizar el hoy cuestionado proyecto de integración europea, en el marco de una era crecientemente posideológica.

De acuerdo con muchos comentaristas pesimistas en torno de la crisis del euro y las impopulares medidas dirigidas a sanear el gasto público, la «idea de Europa» y la Unión Europea atraviesan su momento más difícil desde 1945. Los representantes de la generación que vivió la Segunda Guerra Mundial recuerdan la experiencia de la autodestrucción y la división en el siglo xx. Advierten

que una Europa integrada es el único seguro contra la guerra y la pobreza, y que constituye el garante del bienestar económico. Convocan a los jóvenes –que perciben la unión continental como una obviedad– a comprometerse más con el futuro común y señalan, a modo de amenaza, que pronto puede terminarse la libertad de viajar, estudiar y trabajar en cualquier lugar.

Claus Leggewie: politólogo. Dirige el Kulturwissenschaftliches Institut Essen y es coeditor de la revista *Blätter für Deutsche und Internationale Politik*. Desde 2012, es codirector del grupo de investigación sobre Culturas Políticas de la Sociedad Mundial de la Universidad de Duisburg-Essen.
Palabras claves: integración, energía, «primavera árabe», unión mediterránea, Europa, África.
Nota: la versión original de este artículo en alemán, con el título «Meer und Sonne für Europa: Ein Generationsprojekt», se publicó en *Blätter für Deutsche und Internationale Politik* Nº 10/2011, pp. 31-34, <www.blaetter.de/archiv/jahrgaenge/2011/oktober/meer-und-sonne-fuer-europa-ein-neues-generationsprojekt>, y la traducción al español se publica con autorización de la revista *Blätter für Deutsche und Internationale Politik*. Traducción del alemán de Mariano Grynszpan.

Los logros de la unidad continental se ven hoy seriamente amenazados. Nadie sale a las calles a manifestarse en favor de una UE sometida a la fuerte presión de los «mercados» (es decir, del capital financiero). Por el contrario, aumentan las críticas al «monstruo de Bruselas» y los sectores populistas de derecha ganan cada vez más adeptos, sobre todo entre los jóvenes escépticos y detractores del concepto comunitario. Más allá de sus fronteras, la UE sigue siendo muy atractiva, tanto para la castigada oposición civil en Ucrania y Belarús como para el movimiento democrático del norte de África. No obstante, aunque interiormente se articula la indignación desde la Plaza Syntagma en Atenas hasta la Puerta del Sol en Madrid, la UE ejecuta sin piedad una injusta política de austeridad, que ensombrece las perspectivas futuras de los jóvenes.

En este caso, las reminiscencias históricas son tan poco útiles como las apelaciones morales. Lo que se requiere es un proyecto innovador, que motive y movilice a los jóvenes nuevamente (o por primera vez) para impulsar los «Estados Unidos de Europa». En las encuestas, la mayoría de los menores de 30 años se declaran cosmopolitas, apoyan la justicia global, abogan por la sostenibilidad ambiental y promueven el compromiso de la ciudadanía en el nivel local. Parece haber poco espacio entonces para Europa como proyecto del

futuro. Tal vez la propuesta que sigue solo sea una vieja ilusión proeuropea, pero cabe preguntarse si no existe la posibilidad de combinar los tres ejes de mayor interés actual para los jóvenes adultos del continente: una profunda adhesión al resurgimiento democrático en la zona del Mediterráneo, una clara disposición a fortalecer la protección ambiental-climática y la oportunidad de impulsar una transformación energética. ¿Se puede llenar el vacío con un proyecto que, desde el norte y desde el sur del Mediterráneo, genere nuevas energías para Europa, tanto en sentido literal como metafórico?

Difícilmente sea posible, si la cooperación energética se limita a megaemprendimientos y prioriza los intereses de las grandes empresas (como el multimillonario proyecto Desertec, que busca aprovechar el potencial del desierto para incorporarlo a la red europea). Los planes económicos y técnicos liberan energía política cuando forman parte de un programa integral diseñado para la paz y el desarrollo. Es lo que ocurrió en los años 50 con la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) o la Comunidad Europea de la Energía Atómica (Euratom), cuyas virtudes son evocadas aún hoy por la gente de mayor edad. Así se creó una comunidad económica que sirvió esencialmente para evitar las guerras, reconciliar a antiguos enemigos acérrimos y promover el ascenso social de mucha gente.

■ **Ante el cambio climático, el pico petrolero y la catástrofe nuclear en Japón, habría que crear una verdadera Unión Mediterránea**

Desde luego, no es posible poner nuevamente en escena programas como CECA o, menos aún, Euratom, máxime si se considera que ambos presentaban graves deficiencias en materia climática y ambiental. Sin embargo, cabe pensar en una política industrial y social diseñada a escala continental y orientada a las energías renovables. Su aplicación fomentaría la creatividad empresarial dentro de Europa y en su periferia, y sentaría la base comercial para un proyecto generacional propio y moderno. Sería una verdadera Unión Mediterránea e irradiaría sus ventajas. Si en la parte septentrional de África surgen nuevos centros industriales, los vecinos situados al Sur en el Sahara tendrán más posibilidades de desarrollo. La vía energética unidireccional hacia el Norte puede generar una transferencia hacia el Sur y redundar en un beneficio mutuo.

Este proyecto sería una respuesta adecuada frente al cambio climático, el pico petrolero y la catástrofe nuclear en Japón, que ha demostrado que el uso pacífico de la energía atómica no resulta conveniente como tecnología de transición o alternativa. Es necesario realizar un cambio consecuente hacia las modalidades renovables y fomentar la cooperación mundial.

Además, se requiere una política energética exterior que revea la relación con los países de Oriente Medio y del norte de África, así como su conexión con la red energética europea. Es la mejor manera de apoyar la democratización en la región y de formar una capa empresarial que no solo se interese por los ingresos derivados de la exportación de materias primas.

Durante mucho tiempo existió una relación estrecha y fatal entre la exportación de petróleo y el despotismo regional, pero la actual rebelión árabe anuncia el final material y político de los regímenes basados en los petrodólares. El levantamiento es joven: tanto en el Magreb como en el Mashrek, aproximadamente dos tercios de la población tiene menos de 30 años. Desde la «revuelta del pan» ocurrida en Argelia en 1988 hasta el movimiento democrático iraní de 2009, pudo observarse que la nueva generación, y especialmente las mujeres jóvenes quieren democracia sin medias tintas. Internet y los medios sociales crearon otras posibilidades de comunicación, que permiten eludir la censura y los controles estatales presentes en las emisiones televisivas y las publicaciones convencionales. Las viejas ideologías de liberación (nacionalismo, panarabismo, socialismo) están muy desacreditadas entre los jóvenes, que ya no reclaman un islamismo politizado, sino un Estado de derecho con buenas prácticas de gobierno.

Indudablemente, la «primavera árabe» –propagada desde Túnez hacia los distintos centros de la región– se está agotando y deja entrever perspectivas turbias para el movimiento democrático. Dentro de este marco, podrían agudizarse las disputas tribales y las diferencias religiosas entre chiítas, alevíes y sunitas, así como entre musulmanes y cristianos. La revolución árabe fue esencialmente secular y los grupos islámicos han mantenido hasta ahora una postura bastante moderada, pero las minorías musulmanas radicalizadas y las facciones terroristas podrían aprovecharse de la incertidumbre posrevolucionaria y sembrar la inestabilidad. Túnez y Egipto aparecen como posibles precursores de una democratización autónoma, Marruecos y Jordania emergen tal vez como modelos de una transición ordenada, mientras que en Libia se optó por intervenciones militares y una liberación desde el exterior, lo que algunos plantean para Siria. Aunque existen características específicamente árabes (entre ellas, una secularización menos consecuyente), muchos analistas comparan este movimiento popular irreversible con la ola revolucionaria europea de 1848. Habrá que ver si la democratización logra mejorar también la situación de las mujeres, los homosexuales, las minorías religiosas y los agnósticos, y si hay una presión y estímulos suficientes para que los sectores islámicos acepten las reglas del juego democrático.

Las personas que salieron a las calles querían, sobre todo, una vida mejor y más digna. Sin embargo, lo primero que experimentaron fue la inseguridad y el desempleo masivo. Es por eso que estas sociedades de transición demandan éxitos económicos: inversiones, investigación conjunta y cooperación para el desarrollo. Sería bueno que Europa asumiera finalmente como un problema propio el tema de la democratización en su periferia y que apoyara con más ímpetu a los pioneros locales del cambio. La política exterior alemana cometió un error inconcebible: solo se manifestó en la región a través de una abstención en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) respecto a la intervención militar en Libia y con la posterior exportación de armamentos a Arabia Saudita, cuestionable desde el punto de vista moral y constitucional. Por cierto, también desaprovechamos oportunidades en los Balcanes, donde todas las repúblicas fragmentadas a partir de la ex-Yugoslavia quieren convertirse en miembros de la UE. Dada esa situación, Europa podría crear un plano político capaz de reconciliar económica y culturalmente a los enemigos étnicos y religiosos.

Ahora que ya no tenemos a Muamar Kadafi como amigo, ¿no dependemos acaso de regímenes imprevisibles y de extorsionistas islámicos, que en algún momento pueden interrumpir el suministro de energía solar?

Aunque cada vez que llega el invierno Vladimir Putin y Gazprom nos muestran este instrumento de tortura, aún no escarmentamos. Es fundamental promover la cooperación energética sobre una base de igualdad, para que los gobiernos árabes comprendan cuáles son las obligaciones y las ventajas que conlleva la dependencia mutua. Las democracias siempre son más confiables y previsibles que las dictaduras.

■ **La protección ambiental puede convertirse en la política de paz de la era posideológica**

Evidentemente, la protección ambiental y la transformación energética van mucho más allá de una mera reparación y adaptación técnica: incorporan un nuevo patrón económico y social en los Estados nacionales, y abren campos de acción para una cooperación global. Dentro de este sentido amplio, la protección ambiental puede convertirse en la política de paz de la era posideológica. Tal vez la amenaza de los factores naturales lleve a la humanidad a entablar relaciones caracterizadas por el beneficio recíproco y la solidaridad global.

A primera vista esto parece utópico. Hasta ahora, el debate serio sobre el cambio climático ha generado una gran cantidad de controversias. El derretimiento de los casquetes polares agudiza las luchas por los recursos minerales en la región del Ártico,

mientras se intensifican las disputas relacionadas con el reparto de la torta, el control de las vías marítimas libres de hielo y la protección de las reservas naturales y las poblaciones indígenas. En el Polo Norte sigue habiendo al menos algunas ventajas económicas, pero en otros lugares el cambio ambiental trae consigo mayores problemas. La grave escasez de agua y de suelos fértiles no solo puede desencadenar conflictos locales y regionales, sino que también puede afectar a otras zonas del planeta mediante la presión migratoria. Ante tal situación, los organismos de política de seguridad internacional, las Fuerzas Armadas y el Ministerio Federal de Asuntos Exteriores de Alemania analizan un escenario de futuras guerras climáticas.

Para avanzar hacia la paz en materia climática, es necesario superar la incongruencia establecida en el viejo orden, que define espacios naturales como fronteras entre países. Los ríos y las cadenas montañosas suelen verse, de manera errónea, como límites «naturales», los lagos y las cordilleras se dividen políticamente y el ambiente de las regiones en cuestión sufre las consecuencias. Allí se instalan centrales energéticas y plantas industriales, cuyas emisiones nocivas se exportan a través del viento. Sin embargo, los ecosistemas no conocen fronteras. Frente a la amenaza, el mundo se ha convertido en una aldea y en una sociedad global real, como

la conformada por los mercados financieros, las empresas transnacionales y los turistas extranjeros.

Debido a esta revolución geotopológica, los Estados pasan a la defensiva, lo que acentúa la tragedia de lo común y provoca la caída económica de los bienes colectivos globales. El aumento del nivel del mar perjudica a todos, nadie gana con la mayor concentración de dióxido de carbono en la atmósfera ni con la tala de los bosques. Es necesario modificar el rudimentario derecho ambiental internacional para que el énfasis deje de estar en los países y en las negociaciones entre gobiernos. Deben priorizarse en definitiva los intereses de la humanidad en materia de desarrollo y protección ecológica, con la posibilidad de endurecer las sanciones y los controles.

La cooperación presenta una paradoja histórica: en la época de la Guerra Fría, bajo la espada de Damocles que significaba la posible autodestrucción nuclear, los archienemigos políticos, ideológicos y militares estaban dispuestos a negociar; hoy, en cambio, ante un peligro reconocido por todos, aún no se han hallado los medios para promover una cooperación genuina. Se trata de una terrible miopía estratégica. La cooperación global no solo es necesaria y urgente desde el punto de vista moral debido a la presión que impone el cambio climático,

sino que también ofrece varias ventajas adicionales, tales como los beneficios de una economía verde. Además, especialmente para los jóvenes de los países ricos o pobres, se abriría la perspectiva de nuevos emprendimientos.

Cuanto más democrático sea el mundo, mayor será la probabilidad de implantar una nueva era de cooperación global, capaz de afrontar los graves problemas del planeta y ofrecer buenas condiciones de vida a las generaciones venideras, tanto en el Sur como en el Norte. La UE se encuentra nuevamente frente a la oportunidad de crear una verdadera Unión Mediterránea, y esta vez no debe desaprovecharla. El Mare Nostrum –tal la denominación del Mediterráneo durante el Imperio Romano– ya es parte del pasado. Hoy es necesario ofrecer alternativas futuras concretas a los jóvenes de ambas costas y otorgar un fundamento político, económico y cultural sostenible a las relaciones euro-árabes. El nuevo proyecto de integración podría llamarse «Nuestro Mar». Esto significaría una «europeización» de las instituciones y prácticas democráticas más allá de las fronteras de los países. Los conceptos de naciones independientes o «núcleo europeo» se han tornado obsoletos. A partir de la necesidad, la crisis actual puede dar impulso a los Estados Unidos de Europa. Lo que falta es apoyo y legitimación democrática. ☐